una mirada, mirada intraducible, elocuente, la mirada de dos víctimas.

D. Pepe pagó y tan luego como pudo hablar á Fuentes le dijo:

—¡Como nos han sobado!

Mientras D. Pepe fué á la Cámara, Fuentes se ocupó de hacer varias compras y de ponerse al tanto de los usos y costumbres de la capital.

CAPÍTULO XXVIII.

EN EL CUAL TERMINA LA PRESENTE HISTORIA.

DON Pepe García y Fuentes fueron al teatro: se instalaron bien temprano en sus asientos y no osaron antes de levantarse el telon, ponerse de pié para mirar á la concurrencia: no estaban provistos de anteojos, circunstancia que hizo notar Fuentes á Don Pepe, quien resolvió hacerse de ellos á toda costa al dia siguiente.

En el primer entreacto Fuentes, mas observador que D. Pepe, pudo notar que en los segundos estaba María del Cármen; y lleno de alborozo dijo á D. Pepe:

—Mire usted quien está allí, D. Pepe.

—¿Quién, Don?

—María del Cármen, nuestra amiga la actriz.

—¡Ah! exclamó D. Pepe, ¿pero es ella?

—La misma.

—¿Y qué hacemos? ¿Necesitaremos pagar para subir á los palcos?

—Creo que no, ¿vamos?

—¿Y si levantan mientras el telon?

—Tenemos tiempo.

—Pues vamos.

Fuentes tomó las señas del palco, y le pareció que estaba resolviendo un difícil problema de distancias, cuyo resultado habia de ser dar con el palco que precisamente debia tener número 6 ó número 20.

Fuentes guiaba á D. Pepe y cuando ambos llegaron á la puerta de los segundos, D. Pepe saludó afectuosamente al boletero y le pidió permiso para pasar al palco del señor Romero del Campo.

En el pequeño cuadrado que forman los cuartos de los palcos números 5 y 6, estaban Romero del Campo y su señora. Aquel lugar no es precisamente de los mas iluminados en el tránsito de los palcos, de manera que al presentarse D. Pepe y Fuentes no fueron al pronto reconocidos.

—¡Señor Romero del Campo! dijo D. Pepe.

—¡Caballero! contestó Romero.

—Soy García, el de Santa María del Rio.

—¡Ah! señor D. Pepe! tanto bueno por aquí!

—Y yo soy Fuentes.

—¡Ah! amiguito.

—¡Fuentes! exclamó Carmelita; ¡Don Pepe!

En el palco número 5 se oyó una exclamacion y cierto movimiento que no fué notado por D. Pepe.

Pico acertó á salir del palco número 5 en aquel momento, para conseguir un vaso de agua para Isolina que se habia indispuesto.

Isolina habia oido la voz de D. Pepe y le habia oido llamar por su nombre.

Pico tambien habia oido hablar á D. Pepe, pero estaba muy lejos de reconocer su voz.

Isolina estaba sentada inmediata á la puerta.

Don Pepe pudo contemplarla.

El tigre dominado dentro de una jaula por espacio de algunos meses y que un dia hostigado por un muchacho que le pica, se eriza y ruge, podia dar una idea de la trasformacion que se operó en D. Pepe, al reconocer en Isolina á aquella Guadalupe, cuya pasion le habia obligado á cometer tantas atrocidades.

Isolina no quitaba los ojos de D. Pepe, pero en su mirada atónita habia el aspecto de esa fascinacion del pajarillo en presencia del boa.

No sonaba una palabra, ni una sílaba; y sin embargo, la actitud de D. Pepe y de Isolina revelaron instantáneamente un drama oculto y terrible.

D. Gervasio, María y Fuentes estaban estáticos. D. Fernando, pues como habrá conocido el lector no era

otro el bulto de la capa española, miraba alternativamente á D. Pepe y á Isolina.

Así permanecieron todos por unos momentos, que parecieron horas.

Por instantes se desfiguraba el semblante de D. Pepe, en el vértigo de la pasion, y por momentos huia la sangre del rostro de Isolina, que llegó á tener el aspecto de un cadáver galvanizado.

—¡Conque eres tú!..... exclamó por fin D. Pepe crispando las manos y como queriendo devorar aquella presa.

Un estremecimiento nervioso agitó el cuerpo de Isolina y levantó un poco las manos, de las que se apoderó D. Pepe con una fuerza brutal y la arrancó de su asiento; atravesó con ella el pasillo y entró en un pequeño espacio que media entre el mismo pasillo y los cuartos de los palcos nones.

Siguieron á Isolina primero D. Fernando y Fuentes y despues todos los actores que ocupaban los palcos 4 y 5.

—¡Caballero! dijo D. Fernando interponiéndose entre D. Pepe é Isolina; esta señorita viene conmigo y no puedo permitir que se la ultraje.

D. Pepe sin oir á D. Fernando repetia:

—¡Conque eres tú!.... ¡conque te escapaste!.... ¡Conque te has burlado de mí!.....

Y lanzando un rugido sordo, desagradable y jadeante por la cólera apretaba los dientes y clavaba en Isolina sus ojos inyectados y brillantes.

Llegaba Pico en este momento con un vaso de agua, y

al ver á D. Pepe la sorpresa le embargó completamente, pero reponiéndose bien pronto colocó su cuerpo entre D. Pepe é Isolina, de manera que el cacique se vió precisado á verle, saliendo hasta entonces de su enagenamiento.

—¡Ah! es usted!..... sí..... usted es el que..... Y este caballero, continuó dirigiéndose á Don Fernando.

Esta escena estaba pasando con su público respectivo, pues Doña Atanasia, *la pelona*, María y los demas actores formaban un grupo.

—No estamos solos, D. Pepe, le dijo Fuentes al oido: prudencia.

—¡Ah!.... ¡ah!.... murmuró D. Pepe reponiéndose, los señores....los señores.... me harán el favor de disculparme.

Y como se dirijiera á los curiosos, estos se movieron, relajando la tension del grupo.

—Ya levantaron el telon, dijo la pelona, y todos se dirijieron á sus asientos.

D. Pepe, D. Fernando, Pico, Fuentes é Isolina se quedaron en el pasillo.

Doña Atanasia con la sagacidad y el egoismo que le eran propios, entró tambien al palco y cerró la puerta.

—Aquí hay algo de una gravedad que me alarma y creo que deberiamos proceder á fijar nuestros respectivos papeles en esta escena, dijo D. Fernando.

—Sí, continuó D. Pepe, usted, no está en antecedentes.

—En todo caso, observó Pico, la demanda la tomo por mi cuenta, señor D. Pepe García; cualquiera que sea el caracter que tomen los asuntos, no me parece que estos

se deben tratar aquí, ni mucho menos en presencia de Isolina.

—¿De quien? preguntó D. Pepe.

—De.....

—De Guadalupe querrá usted decir.

—Sí.

—Es que yo no abandonaré ya un solo momento á esta señora, dijo D. Pepe.

—Eso dependerá de varias cosas, replicó Pico.

—De mi voluntad, dijo enérgicamente Don Pepe.

Pico era el que estaba logrando mas que los otros el ser dueño de sí mismo, de modo que bien pronto recobró su carácter habitual y poniendo una mano en el hombro de D. Pepe dijo:

—Esta es la capital de la República y no Santa María del Rio, señor D. Pepe; y como yo ya tengo mis apuntes, no será extraño que los papeles comiencen á cambiarse.

—Es que yo soy diputado, dijo D. Pepe poniéndose bien y sin notarlo él mismo, su sombrero alto, con la misma naturalidad con que el militar dice «soy soldado» llevando la mano á la espada.

—Pero yo soy Pico.

—¿Y qué?

—Que tengo mis apuntes.

—Nada me importa.

—Lo dán á conocer á usted.

—Me conoce todo el mundo.

—No: solo yo; de manera, señor D. Pepe, que me permito, á fuer de director de escena, ordenar este asunto.

El señor D. Fernando, á quien presento á usted, es amigo mio y de..... ¿Guadalupe? ¿Guadalupe dijo usted? pues sea: el señor D. Fernando se llevará á Guadalupe.

—¿A dónde? preguntó Don Pepe con sarcasmo.

—Calma, señor D. Pepe, á donde usted no pueda tocarle unpelo.

—¿No?

—¡No! ¡no! ¡no! Pues se lo prohibo á usted.

—¡Mequetrefe! rugió D. Pepe.....

—Bajito, señor diputado, yo tengo la palabra para una alusion personal; reclamo el trámite porque, segun el reglamento, todavia no pasamos al terreno de los insultos, ni el pasillo de los palcos, es la mejor arena, ni la lengua por mas que sea arma de diputado es la que yo he elegido para batirme con usted.

—¡Batirse conmigo!

—No hay que asustarse, nada mas nos batimos mientras tengo el gusto de atravesarle el corazon, y una vez pasado de parte á parte con una finta en regla, es usted libre para tomar la palabra y para hacer lo que se le antoje.

—¡Usted me provoca!

—No, señor, le doy á usted la noticia.

—Señora, dijo Fuentes, estamos llamando la atencion y empiezan á percibirse.....

—Vámonos, D. Fernando.

Don Fernando ofreció el brazo á Isolina.

Pico se acercó al palco, y dijo á doña Atanasia:

—Vámonos.—Caballerito, continuó dirijiéndose á Fuentes, ¿tiene usted la bondad de ofrecer el brazo á la señora doña Atanasia? Por mi parte, continúo la importante materia que está á discusion; sigo con el uso de la palabra, señor D. Pepe García.

Y las tres parejas salieron del teatro.

Una vez en la casa de Pico, se convino que Fuentes no debia perder la funcion teatral; opinion que Fuentes acojió gustoso con objeto de anudar su interrumpida conversacion con María del Cármen.

Don Pepe, D. Fernando y Pico, tuvieron una larga y acalorada conferencia, en la que cada uno se colocó, con respecto á los otros dos, en el lugar que le correspondia.

Don Fernando, sosteniendo, mas que nunca, su papel de amigo sincero; pero pensando en que seria una dicha para él, que desaparecieran Pico y D. Pepe.

Pico por su parte sostuvo á sangre fria sus andaluzadas, y con el mas perfecto aplomo trató de persuadir á D. Pepe á que debia batirse.

Don Pepe, en quien obraba ya no solo la obcecada pasion por Isolina, sino lo violento de la situacion en que se encontraba, tuvo arranques en los que dió á conocer claramente la terrible lucha de sus pasiones salvajes.

Buscaba en vano una solucion favorable; pero no tenia mas recurso que la violencia; todo estaba en su contra. Isolina ya no estaba sola en el mundo, y sobre todo, Pico

aquel Pico estoicamente resuelto, friamente dispuesto á matarlo, le parecia un instrumento providencial que le imponia cierta especie de terror supersticioso.

Don Pepe, en Santa María del Rio, se hubiera reido de Pico, y el considerarse en México le hacia pensar en que estaba aislado, y el apuntador aquel tomaba proporciones gigantescas.

El resúmen de sus tenebrosas elucubraciones fué este: No transijir con la idea de dejar á Isolina en poder de otro hombre.

—Si Isolina se muriera, pensó, yo seria un leon para batirme; pera la idea de dejarla en brazos de otro, me acobarda.

En seguida habló con D. Fernando, quien á su vez deseaba que el duelo tuviera verificativo, porque él seria el del provecho.

Pico estaba resuelto á no abandonar un momento á D. Pepe, supuesto que ya habia logrado intimidarlo.

Doña Atanasia se presentó de improviso en la sala.

—No queria avisar por no interrumpir, dijo, pero se hace indispensable.—Isolina está muy mala.

Efectivamente, aquel último golpe habia venido á decidir un funesto trastorno en la constitucion ya débil de Isolina. Habia caido en una postracion horrible, y su semblante seguia mas y mas desfigurado.

Don Fernando se encargó de salir á buscar un médico mientras Pico y doña Atanasia prodigaban á la enferma los auxilios que les sugería su cuidado.

Don Pepe tuvo ocasion de contemplar á Isolina, y la dominaba, aún en medio de su alarmante estado, con la mirada ardiente de su infernal pasion; buscaba en las ondulaciones de la ropa las líneas de aquel cuerpo deseado, y una mezcla de rencor y de lascivia, de pasion y de ódio imprimian en la fisonomía del cacique una expresion tal, que doña Atanasia al contemplarlo, se espantó sin comprender la causa, y murmuró para sí:

—¡Qué hombre tan antipático!

Vino el médico y prescribió que se atendiera á la enferma sin pérdida de tiempo; recetó y se puso en disposicion de ayudar personalmente á hacer la aplicacion de las medicinas.

Ante aquella inmediata desgracia, se estableció una espontánea suspension de hostilidades, y cuando se trató de ir á la botica, D. Pepe dijo:

—Eso me toca á mí; y tomando la receta salió de la casa, corrió, mas bien que anduvo, el tramo que media entre la calle del Leon y el hotel del Refugio; á la luz del primer farol leyó la receta y en seguida, mordiéndose una mano hasta hacerse sangre, se quedó como petrificado.

La calle estaba en perfecto silencio, y la figura de D. Pepe se destacaba al pié de un farol como si fuera una estátua; pero de repente se oyó una extraña risa, una risa que hubiera hecho pensar á algun transeunte en las penas eternas, y D. Pepe echó á andar precipitadamente, y llegó al hotel antes que á la botica.

Fuentes despertó pero no chistó, porque preferia seguir

soñando con María; notó lo que hacia D. Pepe y antes de saber si D. Pepe se habia acostado, se volvió á quedar dormido.

Don Pepe volvió á la casa llevando la medicina, que consistia en una pocion narcótica, que debia ministrarse por cucharadas.

Don Pepe tenia algo de médico, como casi todos los caciques.

A la primera cucharada la enferma pareció tranquilizarse; el médico se retiró ofreciendo volver al dia siguinte.

Mientras la enferma dormia, Pico y D. Pepe arreglaron su duelo definitivamente para el siguiente dia.

Doña Atanasia siguió ministrando hasta tres cucharadas.

Trascurrieron dos horas mas en el mas profundo silencio, silencio pavoroso durante el cual cada uno de los actores de aquella escena estaban entregados á horribles ideas.

Un grito de doña Atanasia rompió súbitamente el silencio.

—¡Isolina se muere!

Todos se precipitaron á la recámara.

Isolina estaba exhalando el último suspiro.

Hubo un momento de confusion.

Pico cayó á los piés de la cama, preso del dolor mas grande y mas profundo.

Don Fernando estaba estático.

Doña Atanasia llorando, en la cocina.

Y un rayo de luz de la mañana heria al través de un

cristal la descompuesta fisonomía de Don Pepe, cuyos ojos parecian aún devorar las líneas de la muerta.

La justicia eterna estaba alumbrando con un rayo al único sér que no lloraba.

Pico y D. Fernando no podian ver á Don Pepe porque sus lágrimas se lo impedian.

Don Pepe tocó en el hombro á Pico y le dijo:

—¿Vámos?

—¡Paz! dijo Don Fernando, con tono solemne; todo es inútil.

¡Lloremos!

.....

A la tarde siguiente Pico y Don Fernando dentro de un coche acompañaban al carro fúnebre, que conducia á Isolina á Santa Paula.

Isolina murió pura, víctima de su honor; y su memoria es ese aroma imperecedero único homenaje digno de la virtud y del amor.

Don Fernando perdió su pleito, y se volvió á Toluca para acabar sus dias al lado de una loca.

No volvió á salir de noche.

Pico con el alma hecha pedazos, procuró alejarse de México, y emprendio un viaje á Yucatan para unirse con sus parientes.

Un dia, despues de los primeros, en los que no pudo mas que llorar, pensó, cuando iba caminando, en que no habia matado al cacique.

—Que viva, exclamó, la muerte es la paz; la vida del

criminal es la conciencia que grita, es el remordimiento que no puede matarse á sí mismo.

Pico tenia razon.

El autor entrega á la execracion pública y perenne al cacique, con la íntima conviccion de que la verdad y la justicia, como los formidables gigantes de la eternidad, ahogan al fin el alma de los delincuentes en la amargura del remordimiento, en la desolacion del precito condenado por sus propias obras.

FIN.